

de éstos, se apartaba naturalmente del otro, con lo que perdía —inevitablemente— la otra mitad.

Además, un hermano del Arzobispo también se presentó como candidato a diputado estatal, y corrió la voz entre los católicos que sería descortés para con el ilustre prelado, y en consecuencia para con la Iglesia, que no fuese elegido. Por ese motivo, el hermano de Mons. Duarte terminó siendo en cierto modo el candidato oficioso de la Iglesia.

A pesar de tantas adversidades, el Dr. Plinio decidió presentarse como candidato independiente en vista de su prestigio como líder católico, comprobado en la elección anterior, y de las ventajas que de allí podría sacar para el apostolado.

Al hacer el presupuesto para los gastos de la campaña, vio que costaría exactamente la cantidad que Doña Lucilia había recibido de su tía. Tras sopesar bien los pros y los contras, resolvió comunicar a su madre la decisión de luchar en defensa de la Iglesia como diputado estatal:

— *Mãezinha*, creo que, verdaderamente, lo mejor para mí sería no lanzarme como candidato, asumir mi cátedra en la Facultad de Derecho y, algún tiempo después, abrir un despacho de abogacía. Con nuestra casa razonablemente arreglada, normalizaríamos nuestra situación; pero es ventajoso para la Causa Católica que presente mi candidatura como diputado independiente. En estas condiciones, le pido permiso para poder usar el dinero que usted me ofreció para cubrir los gastos de mi campaña.

Doña Lucilia veía bien cuánto arriesgaba en ello, pero su decisión estaba tomada desde hacía mucho tiempo. Con la misma serenidad de siempre le respondió:

— ¡Lo que quieras, lo tendrás! Todo mi dinero, todo cuanto es mío. Dispón como quieras...

En la difícil situación financiera en que la familia se encontraba, Doña Lucilia daba un magnífico ejemplo de desprendimiento en favor de los intereses de la Santa Iglesia, y de confianza total en la Providencia.

Tras las elecciones, los hechos vinieron a dar la razón a las aprensiones de Doña Lucilia, pues el Dr. Plinio no fue elegido. En efecto, los candidatos independientes eran cuatro o cinco. El más votado de ellos había sido el Dr. Plinio, pero ninguno había alcanzado el número suficiente de votos para obtener un escaño.

Nueva mudanza: la casa de la calle Itacolomy

Doña Lucilia participó profundamente del pesar que esta sucesión de hechos habrían de causar a su hijo, pero no por eso dejó de tener esperanzas en el Sagrado Corazón de Jesús. «A fin de cuentas —pensaría



El Dr. Plinio con Doña Lucilia en la sede del *Legionario*

ciertamente— las vías de la Providencia son inescrutables, y Dios no dejará de sacar provecho de estas pruebas». Al menos al Dr. Plinio le quedaría más tiempo para dedicarse a la vida intelectual y al apostolado, y para estar junto a su madre, tan saudosa de su «*filhão querido*» cuando éste se ausentaba.

Y así fue. Asumió la cátedra de Historia de la Civilización en el Colegio Universitario de la famosa Facultad de Derecho del Largo de San Francisco, así como, más tarde, las cátedras análogas de las Facultades de Filosofía, Ciencias y Letras de San Benito y *Sedes Sapientiae* (posteriormente incorporadas a la Univer-

sidad Católica). De esta manera, el Dr. Plinio se entregó a fondo a los estudios históricos y a las actividades de las Congregaciones Marianas, pudiendo también dedicar más tiempo al semanario católico *Legionario*, del cual ya era director²⁰, y que en los años siguientes alcanzaría amplia repercusión nacional.

Sin embargo, el tiempo libre para hacer compañía a Doña Lucilia se irá haciendo cada vez más escaso con el transcurso de los años, lo que ella aceptará con toda la resignación de un alma auténticamente católica.

Después de todos esos vaivenes, era necesario, por fin, cuidar de la decoración del hogar, o mudarse para una residencia mejor. Doña Rosée había encontrado una casa en buenas condiciones, próxima a la suya, y fue radiante de alegría a darle la noticia a Doña Lucilia. Un poco más pequeña que la de la calle Marqués de Itú, pero mucho mejor arreglada por el propietario —persona de indiscutible buen gusto— la residencia era un verdadero encanto, decorada con unos bonitos papeles de pared y con vitrales de buena calidad, y el alquiler era apenas un

²⁰) Desde el 6 de agosto de 1933.

poco más caro que el anterior (50 mil *reis* de diferencia). Por todo eso, se mudaron para allá.

El nuevo hogar —en la calle *Itacolomy*, número 625, en el barrio *Higienópolis*—, mucho más digno que el anterior, agradó enormemente a Doña Lucilia. Doña Rosée se encargó de la decoración, de forma que, en poco tiempo, estaba todo listo y muy adecuado al modo de ser de su madre.

Los hábitos de Doña Lucilia variaban de acuerdo con la casa y con el ambiente. Entre los diversos recuerdos de su paso por aquella residencia, se cuenta que, entre las habitaciones del piso superior, había escogido una para cuarto de estar, donde todas las tardes tomaba el té con tranquilidad y distinción, servido en una bandeja preparada con esmero por una fiel empleada portuguesa.

Los desvelos de Doña Lucilia por el «filhão» enfermo

Doña Lucilia, aunque no descuidase en nada las prescripciones médicas, nunca imponía un tratamiento a quien tenía edad para mandar en sí mismo. El desvelo por su hijo no disminuiría; al contrario, se extremaría a lo largo de los años, representando para él un auténtico reposo y un estimulante consuelo en medio de la lucha que conducía por la ortodoxia católica. De eso es ilustrativo el siguiente episodio:

Un día, el Dr. Plinio fue atacado por una fortísima indisposición. Doña Lucilia se dio cuenta inmediatamente, y con su matizada voz le preguntó:

— *Filhão*, estás indispuesto, ¿no?

La pregunta, muy afectuosa pero incisiva, dejaba claro que ella había notado su estado y no era posible esconderlo. El Dr. Plinio respondió con aquella franqueza filial, contrario armónico de la suavidad materna:

— Mi bien, realmente estoy indispuesto, pero detesto medicarme. Yo no quería decir nada para evitar que usted insistiese en que tomara remedios y, lo peor de todo, que me recomendase alguna dieta. Por eso no le quiero decir no, pero sobre todo no quiero decirle sí...

La situación era bastante difícil para Doña Lucilia. Quería ayudar a su hijo, pero no deseaba contrariarlo. Ella no perdió la calma y se aproximó a la cama colocándole la mano sobre su frente para ver si tenía fiebre.

En ese pequeño gesto casero ya estaba dado el primer paso para la cura, pues el frescor de sus delicadas manos transmitía una benéfica serenidad, reflejo de su paz de alma que ninguna aflicción conseguía perturbar.

Ella le dijo entonces:

— Tienes fiebre.

El Dr. Plinio ciertamente pensó: «Ahora me va a poner el termómetro, y éste va a marcar 38° o 39°. Se va a preocupar y voy a meterme en un engranaje que detesto...».

Dicho y hecho. Con sus pequeños pero ágiles pasos, ella salió del cuarto, regresando instantes después con el fatídico instrumento. El Dr. Plinio se lo colocó para no contrariarla y, pasado el tiempo necesario, controlado minuciosamente en el reloj por Doña Lucilia, se lo devolvió a su madre. En la penumbra del cuarto, ella miró con cierta dificultad la temperatura. Pero, en vez de proferir una sentencia, como hacía cuando él era niño, apenas le dijo:

— No es nada. ¿Qué quieres hacer, hijo mío?

Apartada la tortura, para alivio suyo, él respondió:

— Mi bien, quiero pasar el tiempo acostado y quieto.

Doña Lucilia, entonces, trayendo una silla de su cuarto, se sentó al lado de la cama de su hijo y tranquilamente se puso a rezar. Se quedó así algunas horas, hasta llegar la noche. En cierto momento, el Dr. Plinio le dijo:

— Mi bien, estoy con mucha hambre y usted ciertamente querrá que yo coma algo.

— Dime lo que quieres, que tu madre te lo trae —fue su pronta respuesta.

Enseguida, ella misma salió para preparar el plato que su hijo había pedido. Llevó la comida al cuarto, se empeñó en servírselo, y al final dijo:

— Otra vez no le escondas nada a tu madre, porque ella lo va a notar, pero no te va a imponer nada.

La salud que, a ruegos de Nuestra Señora, la Providencia le había dado al Dr. Plinio, era excelente; y así, a la mañana siguiente ya estaba bien. Al levantarse fue al cuarto de Doña Lucilia, que, al verlo entrar, le preguntó:

— *Filhão*, ¿cómo estás?

Y la vida de todos los días recomenzó.

Muchos años más tarde, el Dr. Plinio, al referirse a este pequeño episodio, comentó que sólo cuando su madre le hizo el pedido de no esconderle nada notó cómo para ella aquel pequeño mal no era una bagatela. Si la enfermedad se hubiese agravado, Doña Lucilia habría cuidado de él con extremos de celo, hasta el fin. Y concluyó el Dr. Plinio «es probable que si yo muriese, ella también muriera. Una cosa es absolutamente cierta: ella preferiría morir a continuar viviendo».

Otros dos ejemplos de discernimiento materno

Uno de los muchos dones con que la Providencia quiso colmar a Doña Lucilia, a fin de que ella cumpliera de modo eximio su misión de madre y formadora, fue el discernimiento de las psicologías. Éste la hizo, por ejemplo, escoger una institutriz alemana para educar a sus hijos, al notar que el sentido del orden y del cumplimiento del deber del pueblo alemán serían factores altamente benéficos en la formación de los niños. Ello explica por qué no eligió una institutriz francesa, ya que tanto admiraba Francia.

Asimismo, ella distinguía entre los amigos del Dr. Plinio, los que lo eran auténticamente, de uno u otro que no lo era.

Dos episodios demuestran la singularidad de ese don:

Una vez, el Dr. Plinio convidó a cenar en su casa a un joven colega de los medios católicos. Durante la cena, Doña Lucilia observó discretamente al invitado, notando algo peculiar en él. Cuando el joven se retiró, ella le dijo a su hijo:

— Ten cuidado con aquella mano... su modo de agarrar el tenedor es muy extraño...

Doña Lucilia relacionaba, tal vez de forma intuitiva, aquel modo «extraño» con algún defecto moral no enteramente explícito. Una certeza se instaló en su espíritu: aquel amigo no debería ser merecedor de confianza. Y, madre celosa, por eso había alertado al Dr. Plinio.

Su presentimiento fue confirmado en breve por los hechos: algún tiem-



El Dr. Plinio en el jardín de Aclimación, en São Paulo

po después ese joven abandonó a sus correligionarios, causando grandes sinsabores al Dr. Plinio.

En otra ocasión, el Dr. Plinio invitó a almorzar en su casa a uno de sus amigos más allegados, perteneciente a las Congregaciones Marianas. Durante la comida sonó el teléfono y, poco después, vino la empleada a avisar que el Sr. X tenía un asunto urgente que tratar con el Dr. Plinio. Éste interrumpió el almuerzo para atenderlo y, como el teléfono estaba en una sala contigua, Doña Lucilia y el visitante también se dirigieron hacia allá. Y en los asuntos que serían tratados en esa llamada se jugaban altos intereses de la Causa Católica.

Doña Lucilia lo observaba todo en silencio con su tranquila y luminosa mirada. En lo más íntimo, ciertamente rezaba por su hijo, para que el Sagrado Corazón de Jesús lo amparase en esa dificultad.

Terminada la llamada, volvieron a la mesa y la conversación retomó su curso. Cuando el visitante se retiró, Doña Lucilia le preguntó al Dr. Plinio:

— ¿Viste su reacción mientras hablabas por teléfono?

— No, mamá, estaba tan absorto en la conversación que no presté atención.

Con un tono de voz grave pero que dejaba traslucir aún más todo el afecto que le profesaba, ella le advirtió:

— Hijo mío, cuidado con ese amigo... Siempre que tú estabas con la fisonomía preocupada, él manifestaba contento; cuando dabas una buena respuesta a tu interlocutor y ponías los puntos sobre las íes, demostraba indiferencia o tristeza... ¡Ese no es tu amigo!

Poco tiempo después, el Dr. Plinio recibía de ese «amigo» una verdadera «puñalada» en la espalda...

Uno se puede preguntar cómo Doña Lucilia, persona tan sabidamente bondadosa, tenía una desconfianza que la llevaba a discernir el mal a través de detalles aparentemente insignificantes. De hecho, el concepto de bondad que se difundió en numerosos medios católicos brasileños, en especial a partir del final de los años treinta era muy diferente de la verdadera concepción que de esa virtud enseña la Iglesia.

Desde entonces existe la tendencia a confundir la bondad con una complacencia en relación a ciertas formas de mal, lo que significa casi siempre cerrar los ojos obstinadamente ante él, como si no existiese.

Totalmente diferente era el alma de Doña Lucilia, en la cual se reunían, en una admirable síntesis, la bondad y una inquebrantable firmeza de principios; la misericordia y un aguzado sentido de la justicia; la afabilidad y una entera seriedad de espíritu. Este conjunto armónico de virtudes la

ayudaba, con cierta frecuencia, a percibir lo que las situaciones y las personas tenían de bueno y de malo.

Nuevamente en Águas da Prata

Hasta el final de su larga vida Doña Lucilia soportó con suave resignación la incómoda enfermedad del hígado, que frecuentemente la obligaba a guardar cama durante algunos días.

Además de los continuos socorros médicos prestados por el Dr. Murtinho, éste también recomendaba a su paciente asiduas temporadas en la estación termal de Águas da Prata, que comenzaba a tener fama. En el fondo, tal vez juzgaba que surtían más efecto los medios de cura dados por Dios que las medicinas creadas por la imperfección del ingenio humano, principio éste adoptado también por Doña Lucilia.

Es cierto que durante los períodos que ella pasaba en aquella ciudad escribía con frecuencia a sus hijos. No obstante, la vorágine del tiempo y las vicisitudes de la vida nos legaron escasas líneas de un epistolario sin duda abundante. Estas dos cartas que siguen son de 1935. Una para el Dr. Plinio y otra, pocos días después, para Doña Rosée.

Prata, 29-5-1935

¡Filhão querido!

Gracias a Dios y a María Santísima, hicimos un excelente viaje y aquí estoy un poco cansada y temblando de frío. El día estuvo bonito pero ¡nunca pensé que hiciese tanto frío aquí! La cena estuvo muy buena. La comida es simple, pero buena, por lo menos la de hoy. Yo le dije al gerente, así que llegué, que la fuerza del hábito era lo que me traía al Hotel San Pablo, porque había oído decir que la comida estaba muy mala y temía, si fuese así, no poder aguantarla.

Él se mostró molestísimo y me garantizó que sería tan bien



Hotel San Pablo, en Águas da Prata

*servida cuanto lo permitiesen las condiciones del lugar.
Mañana voy a comenzar con el régimen de las aguas de
Paioly pido a Dios ardientemente que mejore bastante. (...)
[Con] mis bendiciones y muchos besos y abrazos de tu
madre extremosa,*

Lucilia

¿Mi carta para tu padre llegó?

En la carta a su hija, entre los asuntos caseros —consultas al Dr. Murtinho y otros—, es curioso notar la sencilla referencia de Doña Lucilia a la estima demostrada hacia ella por una señora belga, hospedada en el mismo hotel. Tal vez, por su psicología y su personalidad, fuese ésta una rezagada en la adquisición de la mentalidad de Hollywood, y por eso se dejaba atraer y encantar por la agradable conversación y la acogedora presencia de Doña Lucilia.

Prata, 4-6-1935

Hija querida

*Antes de ayer tuve el placer de recibir tu carta y me
extrañó que no aludieses a una tarjeta que te escribí el
día siguiente al que te mandé la carta, pidiéndote refe-
rencia sobre mi pasaje de vuelta, pues el jefe se quedó con
el que traía, diciendo que era solamente de ida, y que
para la vuelta debería proveerme de otro aquí, es decir,
comprar otro.*

*¿Será posible que la Esprinter nos esté explotando de
esta forma, o me habré equivocado, y sea realmente nece-
sario comprar otro? Te pido que me digas algo al respec-
to.*

*Te pido también que le digas a Murtinho que estos
dos últimos días he tenido adormecimiento en las manos,
y si él cree que eso puede deberse a los baños, que son tan*

agradables y que dicen ser indicados para una buena circulación. Sentiría mucho si tuviese que dejarlos. Estoy comenzando ahora (...) a sentir los buenos efectos del agua del Paiol.

Tu padre desde que está ahí, aún no escribió. Todos los días estoy a la espera. ¿Cómo está mi queridita?²¹. ¡Tengo tantas saudades de ella!

Está aquí en el hotel una belga inteligentísima, pero que no deja de estar un poco "toquée"²², que tiene una conversación muy interesante, que me distrae mucho, pero también me cansa un poco, porque no me quiere dejar, y se entromete hasta en mi cuarto y no me deja. Su conversación es excelente, y sé que te gustaría mucho oírla hablar sobre sus innumerables e interesantes viajes. Cuando la oigo me acuerdo siempre de ti, principalmente cuando habla sobre Rusia. Ella vive en Argentina, y vino sólo a pasar una temporada en Caldas, y después en Prata. Tiene aproximadamente mi edad, o un poco mayor, pero ¡exuberante vitalidad! El marido y los hijos se quedaron, pero parece que aun así adora a los hijos, que son cinco, tres ya mozos y dos pequeños.

La mitad de las personas ya se fue. Ahora somos apenas nueve, y dentro de pocos días se van otras. ¡Cuando le llegue el turno a mi belga, la voy a echar en falta!

Y tú, querida, ¿cómo estás de salud? Y Antonio, ¿anda con otro buen negocio en vista? Dale un abrazo de mi parte.

¿Y mi casa y los criados, cómo están? Tengo ya muchas saudades de vosotros y de mi casita.

21) Referencia a su nieta, María Alice.

22) Desequilibrada.

Con mi bendición para los tres, te envío muchos besos y abrazos. De tu madre extremosa

Lucília

Consolar al prójimo: deber de caridad

Acervo particular de María Lúcia de Oliveira Machado



Iglesia de Santa Efigenia, en São Paulo

Como vimos, Doña Lucília había procurado formar a sus hijos en el hábito de hacer el bien a sus semejantes, especialmente a los más próximos. Incluso después de alcanzar éstos la edad madura, no cesaba de recordarles tales obligaciones siempre que la ocasión se presentaba. Animada por esa caridad, se preocupaba enormemente de reconfortar a los conocidos a quienes la muerte hubiese llevado a un pariente o amigo. Ejemplo de ello es la nota que un día le dejó al Dr. Plinio:

Plinio

Se realiza hoy en Santa Efigenia a las 9 horas la Misa de séptimo día de Dr. B. Es preciso que vayas, pues estimo mucho a su cuñado Y, y como es también pariente de Dr. Z, no puedes dejar de ir, por eso te pido que asistas.

Otro ejemplo de su empeño en el cumplimiento de los deberes familiares trasluce en un carteo de junio de 1937, durante una nueva temporada en Águas da Prata, adonde ella había ido acompañada de su esposo. El Dr. Plinio, en una misiva a su padre, se justificaba extensamente por no haber podido encontrarse con un Corrêa de Oliveira, a pesar de la insistencia del Dr. João Paulo y de Doña Lucília en que lo hiciese:

São Paulo, 28-VI-1937

Papá,

Recibí su carta. Infelizmente el Corrêa de Oliveira partió para Santos y de allá para Río, muy repentinamente, el día que usted se fue o al día siguiente, si no me equivoco. No hubo, pues, tiempo para visitarlo. Los argumentos esgrimidos por usted y por Mamá a este respecto son todos perfectamente razonables, hasta tal punto que me consideraba en la obligación de ir al "Esplanada" para saludar al Corrêa de Oliveira, y hasta había pensado en volver si no lo encontraba. Pero usted ve que no ha sido posible.

El Dr. Plinio sigue la misiva tratando de algunos casos de abogacía que el Dr. João Paulo había dejado pendientes en São Paulo. Ese motivo acabó por exigir el regreso de este último antes de lo esperado. Para que Doña Lucilia no se quedase sola, su hijo sugiere que María Alice, su nieta, entonces con nueve años, fuese a hacerle compañía.

Terminando la carta, hace referencia, con una gotita de humor, a una característica de sus familias, tanto del lado materno cuanto del paterno: el arte de la buena conversación. Por ser paulistas unos y pernambucanos otros, desarrollaban esa cualidad de una manera bastante diferente:

¿Cómo está el tiempo por ahí? ¿Y usted? ¿Está aprovechando el reposo? ¿Hay alguien ahí que le pueda interesar para conversar, etc.? En fin, para usted la conversación, principalmente con extraños, está lejos de ser artículo de primera necesidad, como para mamá, para mí, y para todos los que tenemos un poco de sangre Ribeiro dos Santos.

Con un fuerte abrazo, le pide la bendición el hijo amigo,

Plinio

A medida que los años pasaban y Doña Lucilia se iba haciendo mayor, su hijo multiplicaba la solicitud para con ella. Hacía esto para que fuese menos penosa la soledad de aquella que no tuvo la debilidad de adaptarse a las innovaciones de la «modernidad» para obtener ciudadanía en el mundo. Con objeto de distraerla, convidaba con frecuencia a su mesa a algunos de sus amigos más allegados del «Grupo del *Legionario*»²³.

Al escribir a su madre, aquel mismo día veintiocho de junio, desde la sede del *Legionario* —en cuya redacción se quedaba trabajando hasta altas horas— el Dr. Plinio le cuenta que había recibido dos cartas de un

23) Con este epíteto se fue haciendo conocido el grupo inicial de amigos que actuaba bajo la orientación del Dr. Plinio.

compañero de lucha, el cual había tenido la dicha de cenar a menudo con Doña Lucilia, quedando indeleblemente marcado por el trato con ella. Además, intentaba de nuevo tranquilizarla en relación al cumplimiento de los compromisos familiares, destacando algunos con letras mayúsculas. Doña Lucilia le recomendaba mucho a su hijo que prestara especial asistencia a Doña Rosée, aunque ya estuviese casada, pedido que él cumplió hasta el último día de vida de su hermana.

São Paulo, 28-IV-1937

Mãezinha querida de mi corazón,

Recibí con mucho agrado su telegrama y su carta. Confieso que me olvidé de darle a Ana²⁴ los recados referentes a las ventanas, etc., etc. Si me acuerdo, se los daré. ¡No puedo prometer dárselos si no me acuerdo! Me atrincheré detrás de ese sofisma, y paso a otro asunto.

Recibí dos cartas de José Gustavo²⁵, en dos días consecutivos. Una, la primera que recibí, estaba fechada en Perugia, si no me engaño. La segunda vino de a bordo del Neptunia, buque en el que viajó. Vea qué desorden. Ambas cartas eran muy afectuosas. Una de ellas contenía referencias particulares a usted y a las "sosegadas cenas del domingo", de las cuales él me pide que le diga que no se olvida, ni siquiera camino de Europa.

Ayer comí con Tía Yayá, después FUI A CASA DE ZITO²⁶, PARA SALUDARLO POR SU CUMPLEAÑOS, recorriendo a pie todo el trecho que hay entre las calles Augusta y Brigadier Luis Antonio en la Avenida Brasil, porque no me sabía bien el camino. He cenado FRECUENTEMENTE con Rosée, y ella va hoy a casa. (...)

Ayer, fuimos a cenar en la Caverna. Después fuimos a dar unas vueltas en automóvil, un excelente Packard. A las once y media aparcamos en el Triánón, donde tomamos alguna cosa. Después fuimos para casa. (...)

Es posible que vaya a pasar algunos días en Santo Amaro o en Santos. Pero depende aún.

Mándeme decir detalladamente cómo está de salud, lo que está haciendo y lo que no está haciendo, etc.

María Alice debe estar ahí el día dos, caso Papá venga el día uno, de manera que usted se quedará una



José Gustavo de Souza Queiroz

24) Una portuguesa empleada de la casa.

25) José Gustavo de Sousa Queiroz, miembro del «Grupo del Legionario» que fallecería todavía joven.

26) D. José de Oliveira Pirajá, esposo de D.^ª Ilka.

noche sola. Ella no podía viajar antes porque las ropas no están listas, o algo así.

*Tengo la impresión de que María Alice está muy sola. Y no es sólo ella... Con muchos y afectuosísimos besos, le pide la bendición,
Su hijo querido*

Plinio

Tras saber, algunos días después, que Doña Lucilia había sufrido una indisposición, el Dr. Plinio, aunque ocupadísimo, escribe una nueva misiva a su madre:

Mãezinha de mi corazón

Rápidamente, a la una menos veinte de la madrugada, le escribo unas palabritas para decirle cuánto siento que se haya puesto enferma allí y cuánto deseo que se restablezca pronto. En este sentido, ahora mismo acabo de rezar a Nuestra Señora pidiendo que todo le vaya lo mejor posible.

Por aquí, nada de nuevo. El día del cumpleaños de tía Zilí, ella nos invitó a mí y a Rosée para comer juntos en la Caverna. (...)

Cené en casa de Rosée y, tras un día entero en la calle, me acuesto exhausto, haciendo esfuerzo para poderle escribir.

Espero que la sonrosada portadora²⁷ de esta carta le alivie un poco las saudades. «Un poco» porque tengo la presuntuosa ilusión de ser insustituible. Y, a pesar de presuntuosa, creo que esa ilusión no está muy lejos de la realidad. (...)

Ayer, la Vasp me invitó, como Director del Legionario, a hacer un viaje de avión a Río, de ida y vuelta, gratuita. Era un viaje dedicado a todos los periodistas. No acepté y mandé a un representante. Y por esto merezco una especialísima aprobación de mi Mãezinha. Ahora por la noche estuve con aquel muchacho. Imagínese que él partió a las 8, llegó a las 9 y media, salió me parece que a las 2 y media y llegó a las 4. Por lo tanto, fue a almorzar a Río y volvió. En el tiempo en que el abuelo Gabriel hacía ese viaje a lomo de burro, ¡imagíne su asombro si pensase que su bisnieto podría ir y venir de Río en el mismo día!

Bien, mi Mãezinha querida, mejore mucho, aproveche mucho, rece mucho por mí y tenga mucho cuidado con su salud.

Le pide la bendición con mucho afecto el hijo respetuoso, que le envía mil besos.

Plinio

(Nota, la firma va a máquina porque es más fácil. Dado que la portadora es quien es, pienso que usted no dudará de la autenticidad).

27) Se refiere a su sobrina, María Alice. (N. del T.).

Visita del Almirante Yamamoto

Tras asumir la dirección del *Legionario*, el Dr. Plinio lo fue ampliando progresivamente y comenzó a abordar en él temas de una envergadura y profundidad cada vez mayores. En poco tiempo, lo transformó de una pequeña hoja quincenal de parroquia en un prestigioso semanario, con repercusión internacional, y órgano oficioso de la importante Archidiócesis paulistana. De tal manera fue así, que era honroso para las mayores personalidades del mundo católico, de paso por São Paulo, hacer una visita al periódico.

En 1938 estuvo en la ciudad el famoso Almirante Yamamoto, veterano de muchas batallas en los ignotos y lejanos mares del Extremo Oriente, y líder católico relevante en Japón²⁸.



El almirante Yamamoto (El primero de la derecha) visitando el *Legionario*

28) Esteban Shinjiro Yamamoto, descendiente de Samuráis, nació en 1878. A los 17 años fue bautizado en la Religión Católica. Combatió en la Guerra Ruso-Japonesa y en la Primera Guerra Mundial. A fines de esta última, participó como intérprete de la Conferencia de Paz, ocasión ésta en que era Agregado Militar en París. Fue preceptor del Príncipe Hirohito, acompañándolo en diversos viajes al exterior, inclusive cuando éste ya era Emperador del Japón. Ocupó el cargo de Primer Ministro en 1922, dedicándose especialmente a la recuperación del país, después del trágico terremoto que destruyó casi por completo las ciudades de Tokio y Yokohama. Como líder católico promovió la divulgación de la literatura y del movimiento de jóvenes católicos.

En 1938, tras el comienzo de la Guerra Chino-Japonesa, fue enviado al Vaticano, así como a otros países de Europa y de las Américas, inclusive a Brasil, con la misión de explicar al mundo católico el motivo de la guerra. Consiguió mejorar las relaciones de Japón con varios países.

No se le debe confundir con otro Almirante Yamamoto, comandante de las Fuerzas Combinadas japonesas en la Segunda Guerra Mundial (Cfr. Nihon Rekishi Dai Ditten [*Gran Diccionario de la Historia del Japón*], Kawade Shosho Shin-Sha, 10.^a ed., 1969, v.9, s.v. «Yamamoto, Shinjiro» y «Yamamoto, Izoroku»).

Al llegar a São Paulo, entró en contacto con el Dr. Plinio y el *Legionario*. A fin de retribuirle la amable visita, el Dr. Plinio lo invitó a cenar en su casa, seguro de que Doña Lucilia tendría mucho gusto en recibirlo. Ella manifestó el deseo de que también estuviese presente Doña Rosée, cuya brillante y ligera conversación ciertamente agradaría a los presentes.

Descendiente de samuráis —una de las categorías de la nobleza del Imperio del Sol Naciente—, hombre de veras fino y de gran cultura, poseía todo un conjunto de cualidades que le conferían una personalidad peculiar, profundamente marcada por la nota católica, aunque muy diferente de los estilos occidentales.

Acompañado de una alta personalidad del cuerpo consular nipón en São Paulo, el insigne invitado se presentó con puntualidad militar en la casa de Doña Lucilia, que lo acogió con la amabilidad característica de las damas de la antigua sociedad paulista²⁹.

La conversación, siempre en francés, se desarrolló de modo espontáneo alrededor de recuerdos religiosos, militares y sociales del ilustre visitante. Como había participado en innumerables acciones navales no fue difícil hacerle contar algunas de las hazañas que, con toda justicia, le habían cubierto de gloria. Bastó levantar el tema para que su enigmática mirada almendrada se encendiese, por detrás de una impasible expresión fisonómica.

— ¡Ah, batallas! ¡Son una cosa muy bonita!

El Dr. Plinio preguntó amablemente:

— Pero, Almirante, usted participó en varios combates navales, ¿no?

— Sí, innumerables.

— ¿No le importaría describir el episodio culminante, más bonito, más arriesgado de las guerras en las que participó? —propuso el Dr. Plinio.

El Almirante se sintió a gusto al comprobar el interés real de su anfitrión, sobre todo porque se había entregado en cuerpo y alma a la profesión de la guerra, y sabía ver en ella el lado grandioso.

— Cómo no, profesor, con mucho gusto —respondió.

En medio de su entusiasmo por el combate, el visitante tal vez no se dio cuenta de que los gustos y las preferencias de Doña Lucilia no se inclinaban especialmente hacia ese lado. Ella, que consentiría en la inmolación de su propio hijo en una lucha en defensa de la Santa Iglesia, no podía dejar de condolerse por la suerte de tantos infelices, muertos en

29) La visita tuvo lugar el 26 de julio de 1938.

una guerra terrible, desprovista de significado religioso. Un cierto suspense invadió a la asistencia, pero como la conversación era para agradar al visitante, nadie le interrumpió, prosiguiendo él su relato:

— Fue en la batalla de Tsushima, durante la guerra Ruso-Japonesa, en 1905, cuando hundimos al gran acorazado ruso *Zarevich*.

— ¿Cómo se dio ese hecho? —preguntó el Dr. Plinio.

— Ah, usted no se lo imagina, ¡qué maravilla! El acorazado, uno de los mejor equipados del mundo, orgullo de la marina de su país, era el buque insignia de la flota que combatíamos. Fue una batalla terrible, con decenas de navíos hundidos...

La fisonomía de Doña Lucilia tomaba rasgos cada vez más serios y manifestaba su consternación al oír aquellas palabras. El Almirante Yamamoto, sin fijarse en su reacción, continuó tranquila y alegremente:

— Aquel enorme acorazado pasó por delante del navío que yo comandaba en una posición en la que no podíamos perder la oportunidad... ¡Nuestros tiros fueron certeros! Después de bombardearlo, se inclinó de tal modo que la popa se hundió y la proa quedó en el aire. Lo vimos casi enteramente vertical.

Doña Lucilia seguía la narración paso a paso, compadecida por el terrible sufrimiento de aquellos pobres marineros que iban a ser tragados por las profundidades de los mares. Llegando a ese punto, ella preguntó apenada:

— ¿Y qué sucedió entonces?

Entusiasmado, el Almirante continuó:

— Señora mía, ¡se hundió completa y directamente!

— ¡Ahhh! —exclamó Doña Lucilia, con un ligero sobresalto.

Aunque el tema agradase sobremedida al heroico combatiente, su fuego se encendió aún más cuando el Dr. Plinio condujo la conversación hacia la lucha doctrinaria interna en los medios católicos, que ya entonces iba mar alto en todas partes. ¿Quién lo habría de decir? Al describir los síntomas de indisciplina y deslealtad que había notado en los círculos católicos de su país, la indignación del valiente oficial subió de tono. Se puso de pie enrojecido, y comenzó a hablar alto. Sus interlocutores, por supuesto, le dejaron discurrir a su gusto, hasta que, tranquilizado, pasó espontáneamente para otro tema.

Terminada la cena, Yamamoto se despidió cortésmente de Doña Lucilia, llevándose ciertamente para su distante tierra natal el recuerdo de aquella distinguida y afable señora.

Años más tarde, al tener noticia de su muerte, Doña Lucilia lo sintió mucho y rezó fervorosamente por su eterno descanso, pues no era sólo

Japón quien perdía un guerrero de valor, sino, sobre todo, la Iglesia, que veía sus filas privadas de un intrépido militante.

Un afectuoso engaño

Si Doña Lucilia se condolía tanto de las víctimas de una guerra en tierras remotas, se compadecía mucho más de aquellos que le eran más próximos. Aunque esas cualidades reluciesen en ella discreta pero vigorosamente, todos los afectos de su corazón se mantuvieron siempre subordinados a una constante elevación de espíritu y amor a Dios, fuente de las virtudes que practicaba.

El modo como trataba a uno de sus parientes lejanos, que había tenido la desgracia de quedarse ciego, siendo aún niño, debido a una impericia médica, es un ejemplo de esos atributos.



Doña Lucilia, a la derecha de Mons. Duarte, Arzobispo de São Paulo, en la sede del *Legionario*. A la izquierda de éste, Mons. José Carlos de Aguirre, Obispo de Sorocaba